

terías ni jactancias, con sereno y jovial espíritu, como quien en nada rebasa las familiares lindes del cotidiano y sencillo vivir. ¡Cuántas madres, al besar, riendo y llorando, las letras en que Carmen de Burgos les decía: "Su hijo de usted está bueno y sano y se halla en tal parte", ignoraban que, para poder comunicarles tan grata noticia, una mujer, débil como ellas, tímida como ellas, había tenido que realizar trabajos y arrestos propiamente varoniles!"

* * *

Véanse algunos trozos de los que sirven de encabezamiento a la obra:

Lector:: He escrito esta novela en el campamento, con el mismo brazo que acababa de curar heridas de verdad...

Por eso hay un raro temblor en ella.

Impresionada por las desgarraduras y crudezas de la guerra vista frente a frente, sin telégrafo ni censura por medio, necesitaba una sangría que me aliviara de todo el exceso de sangre que bebieron mis ojos, y de cuya carga deplorable no sabía cómo aligerarme... A esa necesidad urgente se deben estas cuartillas atormentadas y cruentas, que hasta como obra de artista son algo accidental y en el fondo labor de periodista, momentánea, envuelta en la emoción atropellada, y un poco llena de convencionalismos a los que no podía sustraerme. Tal vez no retrate en ella todo el horror que la guerra me inspira ni toda la tristeza de las cosas contempladas en la ciudad, en el hospital y en el campamento, pero algún día haré esa historia cruel.

CARMEN DE BURGOS.

Melilla, Chaaban, año 1287 de la Egira.

Los diferentes Estados de Europa han acumulado una deuda de ciento treinta mil millones; ciento diez mil de ellos desde hace un siglo. Esta deuda colosal proviene, casi exclusivamente, de los gastos de guerra.

G. DE MOLINARI.

La sin razón de las guerras modernas se llama interés dinástico, nacionalidad,

equilibrio europeo, honor. Este motivo último del honor es tal vez el más repugnante de todos, porque no hay en el mundo un pueblo que no esté manchado con todos los crímenes y cubierto de todas las humillaciones que la fortuna puede imponer a un miserable rebaño de hombres. No obstante, si todavía subsiste un honor en esos pueblos, resulta un extraño medio para sostenerlo el hacer la guerra, es decir, cometer todos los crímenes por los cuales se deshonorra un ciudadano: incendio, rapiña, violación, asesinato.

ANATOLE FRANCE.

El salvaje instinto del asesinato guerrero, tiene muy profundas raíces en el cerebro humano, porque ha sido cuidadosamente cultivado y fomentado desde hace mil años. Nos complacemos en esperar que una humanidad mejor que la nuestra logrará corregirse de este vicio original. ¿Pero qué pensará entonces de esta civilización mal llamada refinada y de la cual tan orgullosos estamos?

C. LETOURNEAU.

Los pueblos excitados unos contra otros por insultos recíprocos, se desean mutuamente la humillación, la ruina. Se regocijan cuando las calamidades, el hambre, la miseria y la derrota hieren al país enemigo. El asesinato de miles de hombres, en vez de compasión, provoca en ellos una entusiasta alegría, las ciudades se iluminan y todo el país se regocija. Así se endurece el corazón del hombre y se despiertan sus peores pasiones. El ser humano renuncia al sentimiento de la simpatía y a la humanidad.

CHANNING.

¿Puede verse nada más chistoso que el que un hombre tenga derecho a matarse porque vive al otro lado del Océano y su príncipe ha tenido una disputa con el mío, sin que entre él y yo haya ocurrido nunca nada?

PASCAL.